

## EN EL MALECON

Era la hora clásica del paseo. El sol se iba acercando hacia el horizonte perezosamente, como si le doliera abandonar por algunas horas nuestro hemisferio. El cielo estaba sereno, pero soblabo un ventarrón demasiado fuerte para permitir el placido disfrute de las idas y venidas a lo largo del Boulevard. El mar presentaba el aspecto agitado de las horas que preceden a la tempestad, y el siseo de las olas inquietas y errabundas preludiva ya el tema del temporal. La mayoría de los grupos de la Luneta había optado por acogerse a los bancos desprotigidos por la planicie. Los acordes de la Constabularia llegaban hasta nosotros a retazos, en los mezuquinos compases de espera del aqulón. Pude comprender por ellos que estaba ejecutando "Lucia".

Cómo ninguno de mis amigos, hubiese acudido aquella tarde a la Luneta, sospechando con razón que no podríamos dar las vueltas acostumbradas en la agradable compañía de nuestras amiguitas, encontrárame solo y me retiré a los peñascos de la orilla, ¡con tan buena suerte que di con un cobijo donde, defendido del viento, podía contemplar toda la bahía, sin ser visto de nadie que se acercara por allí. Parecía aquello un observatorio labrado de intento por algún enamorado de la soledad.

La marcha descendente del sol, que había ya desaparecido tras el pico de Mariveles, iba dejando la Luneta en la oscuridad. No habían trascurrido aún cinco minutos desde mi toma de posesión, cuando percibí una voccecilla femenina, de timbre musical, que por momentos aumentaba de intensidad. Era evidente que se acercaba donde me hallaba yo, y me figuré que vendría acompañada de alguna amiga a guarecerse en aquel mismo lugar. Mi pulsación correspondía a la de un febricitante y en mi cabeza revoloteaban las ideas como una nube de gorriones sorprendidos en desenvuelto saqueo por la pedrada del labrador. Sentí accesos de tos, como ocurre en tales apuros, e hice esfuerzos por ahogarla, porque no me descubrieran hasta tenerla junto a

mí. De pronto, oí una voz masculina que, en aquellas circunstancias, se me antojó profundamente antipática, pues cortaba de un tajo las alas a mi ilusión.

—¿Quieres que nos sentemos aquí?

—Como quieras, repuso ella con una entonación que me sonó a trino de ruiseñor.

En aquel mismo instante calmó un tantico el viento y llego hasta allí el eco de los cornetines que ejecutaban el lindísimo dueto de Bettina y Pippo en "La Mascotte". La ypareja no daba muestras de interesarse gran cosa por la música y continuaba ella, después de haberse sentado ambos sobre la roca en la cual me hallaba yo, narrando las peripecias de su encuentro con un amigo de la infancia que del extranjero acababa de llegar. Este muchacho de su misma edad había manifestado inequívoca inclinación hacia ella antes de marcharse a Europa, y hasta continuó escribiéndole durante bastante tiempo, sin que ella mostrase interés alguno por sus misivas, ya que no recordaba haber contestado sino a una media docena, y aun eso por mera cortesía. Tan corta era la distancia que de ellos me separaba que oía la conversación como si fuese su interlocutor. De improviso, le interrumpió él para decirle con cierto tonillo de reconvencción:

—Dicen que es joven de mucho talento y le espera gran porvenir.

—Así he oído decir a cuantos le conocen y saben los brillantes resultados de sus estudios, contestó ella con una candidez que descubría a la legua no haber comprendido a dónde iba él.

—¿Y a ti qué te parece, Marieta?

—Yo no puedo decir nada de su carrera, pero, a juzgar por la conversación, parece muy despierto y se expresa con maravillosa soltura y naturalidad.

—Es otro buen partido que se te presenta.

—Miguel, ¿te he dado yo algún fundamento para esos celos tan desatinados?

El timbre de voz de ella había perdido la armoniosa flexibilidad de la narración pasada, y la pregunta salió de sus labios sostenida en la misma

nota y con las sílabas dislocadas, como cuando tratamos de zaherir a persona muy querida, reprochándole su ingratitud.

—Dispensa, Marieta, pero es que cuanto mejor te voy conociendo, más te quiero, y a medida que aumenta mi cariño hacia ti, aumenta progresivamente el temor de perderte...

—Pero, de un temor inmotivado, nunca debes hacer arma contra mí. Cuando te cuento todo...

—Dispensa, te digo. Ya sabes que no hay amor sin celos.

—Comprendo. Mas los celos son la puerta por donde entra la desconfianza, y la desconfianza es la ruina del amor... Así, a fuerza de querer, se llega a las veces imprudentemente a no quererse.

—¿Y me quieres mucho, Marieta?

—A las pruebas me atengo, Miguel. Nuestras relaciones no son de ayer, y tiempo has tenido de conocer que no entiendo el amor como la mayoría de esas chiquillas casquivanas que a la primera semana se dejan arrancar un besito furtivo y fugaz del novio, y tan a la carrera descienden por el plano inclinado de las concesiones, que para los dos meses... nada tienen ya que dar.

—Es verdad, Marieta. Dentro de unos días se cumplirá el año del comienzo de nuestro noviazgo, y esta es la hora en que no he recibido una de esas muestras tan apetecidas de amor.

—¿Muestra de amor un beso? ¡Psh! Tú no conoces a la mujer. Nosotros hemos hecho del beso, como de las lágrimas, un arma, y nos entregamos al llanto y besamos, según las insinuaciones de una estrategia peculiar. El hombre nunca podrá rastrear esa peculiaridad femenina y toda su "fuerza" se estrellará siempre contra la aparente "debilidad" de una mujer que llora o de una mujer que besa, como esas inquietas y diminutas olas se estrellan contra las rocas del Boulevard.

—Por Dios, Marieta, nunca me hablaste así...

—Tampoco me has reprochado hasta ahora mi conducta para contigo.

—No fué reproche, Marieta,

fué un deseo muy antiguo, reprimido hasta hoy por tu comportamiento singular y manifestado hace un ratillo, porque me parecía aceptable la ocasión.

—Te advertí desde el comienzo de nuestras relaciones que no esperaras tropezar con alguna de esas jovencuelas sin seso, a cuyo juicio no alcanza el noviazgo mayor importancia que un baile o una jira, teniendo a su favor la ventaja de la duración. Y lo que debiera ser escuela de mutuo conocimiento, queda convertido en el eterno coqueteo de la mariposa y la llama del candil, donde, al cabo, sucumbe el gracioso insecto a la acción del fuego, sin haber causado en la luz sino una pasajera impresión. En los noviazgos fracasados, la víctima es siempre la mujer.

—Yo creo que tanto puede perder ella como él.

—Te engañas, Miguel. Nosotros, los hombres, podéis aportar al matrimonio una carrea, un porvenir brillante, un apellido ilustre, la aureola de la fama... Soñáis acaso con una mujer bella, acaudalada. Pero todos exigís de ella un nombre sin mancha. ¿No es así, Miguel?

—Es verdad, Marieta.

—Si eso es verdad, dime con toda franqueza quién es la víctima en toda ruptura de relaciones.

—No cabe duda. Según tus acertadas observaciones, la mujer.

—Y siendo eso así, ¿te lamentas todavía de haber tropezado con una chica que, a punto ya de casarse, no te ha dado aún ninguna de esas que llamas equivocadamente muestras de amor?

—No me lamento, Marieta. Me glorío de ello, porque ese proceder es una garantía de tu futura fidelidad. Pero si esas que yo conceptúo manifestaciones del amor, no lo son, ¿podrías decirme cuáles sean las legítimas en tu estimación?

—¿Te acuerdas que en cierta coyuntura te dejaste decir que no te agradaría casarte con mujer aficionada al baile? Pues, yo nunca lo fuí mucho, mas recibí la alusión y jamás he vuelto a bailar. ¿Has echado en olvido que mostraste una vez mortal antipatía hacia dos de las más íntimas amigas de mi familia y me hiciste saber las consecuencias que te acarrearó su ligereza en el hablar? Pues, debieras haberte ya enterado que no las he vuelto a tratar con intimidad. Conoció otro día que no mirabas

con buenos ojos a Leopoldo, y hasta tenías celos de él. Y tú has visto cuál ha sido mi táctica después. Recuerda aquella velada en mi honor que, por complacerte, suspendí, sin dar que sospechar. Acuérdate de aquellos Juegos Florales donde, por unanimidad, me nombró Riena el Jurado, y, suponiendo darte gusto, renuncié con sorpresa general. Trae a la memoria...

—Basta, Marieta, basta. Perdona que haya cometido antes la injusticia de lanzarte una indirecta con motivo de la llegada de ese antiguo amigo de tu familia. Perdona, Marieta.

—No me ofendí, Miguel. Pero quisiera que aprendieses a distinguir en lo futuro el verdadero cariño, de esas otras caricaturas del amor. Es esencial ese conocimiento para la seguridad de la paz del hogar. Ten presente que la mujer besa al perrito de casa cien veces al día, y llora coptosamente por la muerte de un canario o el rasguño de su vestido favorito. Sólo cuando ama con leucra sacrifica todos sus caprichos por contentar al ídolo de su corazón. Y, no lo olvides nunca, yo he quemado en tu altar cualquiera de mis aficiones, al comprender que el humo de semejante incienso había de causarte algún placer. Eso es amar.

—Cierto, Marieta. Eso es amar.

El viento había amainado. La brisa continuaba rizando las aguas de la bahía, en las cuales se reflejaban y desaparecían alternativamente, al compás del movimiento ondulatorio, las lucécillas suspendidas de los mástiles de las embarcaciones ancladas dentro del rompeolas. Marieta y Miguel habían cortado la conversación, al sentir en sus corazones el acariciante aleteo del amor. Cansado de permanecer en la misma postura y farto además de la fuerza de resistencia que me diera hasta entonces la curiosidad de escuchar la charla siempre interesante de dos enamorados, trepé por la arena a favor de la oscuridad, ya completa, y algunos metros más allá ascendí silenciosamente a las rocas, desde donde pudiera contemplar a la feliz pareja.

Miguel tenía entre las suyas las manos de Marieta y la mirada de ambos parecía perdida en la lejanía del horizonte, mientras sus almas se embriagaban quizá de la ilusión de un porvenir saturado de felicidad. Al tenue reflejo de las bujías del malecón

pude divisar la fisonomía de los dos. Marieta debía de ser de mediana estatura, de rostro bellissimo, con pronunciado perfil griego, de busto libremente desarrollado a lo Giorgione y una abundosa cabellera que pudiera competir con la de la Venus de Bouguereau. Miguel era bastante más alto, de cara algo amañada, de recia musculatura y torso escultural. La mezuquina iluminación no me consintió ver más.

No quedaban ya en la Luneta sino algunos grupos rezagados. Yo tomé el camino de casa, mustando, mientras lanzaba la última ojeada a aquel cuadro digno de Rafael: "¡Dichosos los que se aman así!"

JOSECHU.



HALLAZGO

Se ha encontrado en Intramuros un portamonedas de señora conteniendo veinte pesos con veinte y cuatro céntimos. Previa identificación se entregará el portamonedas con su contenido a quien demuestre ser su dueña. Administración de ESTUDIO.

AVISO

Por haberse agotado la edición de casi todos los números precedentes de ESTUDIO, no podemos servir suscripciones nuevas sino desde el mes de agosto. Aun quedan, sin embargo, algunos números atrasados que podemos servir previo pago de P.0.40 por ejemplar.